



CRÍTICA TEATRAL, 'SÓCRATES' JOSÉ MARÍA CASO

SÓCRATES SIEMPRE CONTEMPORÁNEO



Si pasada la medianoche te topas con Sócrates saliendo de una sidrería, ahí, en el parque del Muelle de Avilés, le dices a su espalda cuando él ya se va, porque tú no lo has visto y tus acompañantes sí, «¡don José María Pou!», él se vuelve, le agradeces el trabajo y él te da la mano y las gracias, es que las cosas no andan tan mal como nos las pintamos. Supongo. Pues eso: que la función del viernes en el Niemeyer, con más espectadores que butacas, revivió la verdad y las mentiras de lo que somos en un 'Sócrates, juicio y muerte de un ciudadano' magistralmente encarnado por José María Pou, que tal parece que el filósofo griego se te apareciera, pasada la medianoche, en el parque del Muelle no siendo ya uno de los actores que tanto nos gusta y a los que les encanta Avilés.

El texto excelente de Mario Gas y Alberto Iglesias, que además cuajan una dirección de esas de lujo y una interpretación de esas imprescindibles (Ánito) porque es el eco incitador de todo cuanto acusamos sin saber exactamente de qué hablamos, disecciona una dramatización arriesgadísima, plagada de extraordinarias actualizaciones. Sabemos la peripecia de antemano porque nos la cuenta el coro nuevo de la inmortal tragedia en su remozado prólogo y además el protagonista (desde ayer cada vez que me cruce con Sócrates será hacerlo con Pou, ¿o será al revés?) atiende impertérrito desde la mitad del hemiciclo al relato de su propia historia, aplicando las últimas vanguardias a una fábula de hace 25 siglos. Y parece

que es de hoy. O será de mañana.

Así es cómo convierten Iglesias y Gas en una tragedia griega transgredida Las Apologías de Jenofonte y del mismo Platón, fundamental pero no únicamente porque hay muchos, muchísimos más detrás, en una pieza teatral que asombrosamente triunfa allá a donde va desde que subiera este mismo año al templo de teatros en Mérida. Desde entonces a Borja Espinosa le sustituyó Iglesias y a Guillem Motos, Ignacio Jiménez. El resto del elenco, magníficos todos, creciendo día a día, Carles Canut, Pep Molina y Ramón Puyol. Y si fuera poco, el regreso de la gran Amparo Pamplona, coro amplificado en una función a viva voz y dueña de una de las grandes escenas, eso sí, fuera del círculo de la orchestra griega con el semicírculo de la romana que tan bien diseña Paco Azorín.

Las luces de bambalinas y bastidores, en azules y amarillos, de Txema Orriols, además del cañón para seguir a la Pamplona en su queja tan contemporánea de mujer, la de Sócrates, Jantipa, ¿eh?; el vestuario de Antonio Belart; y el sobrecogedor espacio sonoro, homenajeando la gran música griega de frontera, de Àlex Polls, ponen el resto. Entre el público, estaba al viceconsejero de Cultura, Vicente Domínguez. Al fin una representación oficial autonómica en el Niemeyer, ese otro Sócrates a su manera que se llevaron por delante pero que a lo visto sigue en pie. Este no salía pasada la medianoche de una sidrería sino que su bar registró antes de la función posiblemente el mayor lleno de su historia.